

del magisterio, que es forja de hombres, mediante la elevación de su espíritu»⁷. También quiero mencionar a Monseñor Álvaro del Portillo, que os exhortaba a ser «profesores que no guardan para sí egoístamente, el fruto de sus investigaciones, si no que con generosidad, comunican a los estudiantes las riquezas alcanzadas con su esfuerzo»⁸.

Estas consideraciones traen como un eco aquella recomendación de *Surco*, del Beato Josemaría: «Profesor: que te ilusione hacer comprender a los alumnos, en poco tiempo, lo que a ti te ha costado horas de estudio llegar a ver claro»⁹. Esta ilusión se manifestará, particularmente, en vuestro generoso empeño de formar ayudantes, que luego pueden ser docentes e investigadores; en vuestra ilusión de formar —si es posible— profesores aún más competentes que vosotros mismos, aunque el nivel que hayáis alcanzado vosotros sea tan alto, porque contarán con el sólido fundamento de vuestra propia experiencia.

Un auténtico difusor de la verdad tiene el atractivo y el constante afán de mejorar sus métodos pedagógicos. Vuestra formación como profesores debe estar siempre abierta: ese dinamismo intelectual es, además, necesaria base humana para la santidad de vuestro oficio en la presencia de Dios.

Os recuerdo, por último —y aunque lo sabéis muy bien— que vuestra tarea, más allá de toda mera instruc-

ción, apunta a la persona entera de cada alumno, de cada alumna: a su cabeza, a su corazón, a su conciencia, a su íntegro ser. Como afirmó el Beato Josemaría: «No hay Universidad propiamente en las Escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se une la formación enteriza de las personalidades jóvenes»¹⁰.

¡Qué hermosísimo panorama tenéis por delante! Yo me sumo a vuestros esfuerzos. ¡Cuánto podéis hacer por Chile y desde Chile! Os encomiendo vivamente —lo he hecho en la Santa Misa, lo vuelvo a hacer ahora— a María, Trono de Sabiduría, Virgen Inmaculada, Esperanza Nuestra, para que ruegue por nosotros.

Gracias por vuestra paciencia.

Roma (6-X-1997)

El Obispo Prelado del Opus Dei presidió la inauguración del año académico 1997-98 del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz. Durante el acto pronunció el discurso que se recoge a continuación.

1. En los días anteriores, cuando pensaba en este acto académico, me venía a la cabeza que el Beato Josemaría empezaba a veces sus encuentros pastorales, con grupos de personas más o menos numerosos, citando

7. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Servidores nobilísimos de la Ciencia*, 7-X-1967, en "Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad", Pamplona 1993, p. 88.

8. MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO *La Universidad en el pensamiento y acción apostólica de Mons. Josemaría Escrivá*, 13-IV-1992, en "El mundo que viviremos. 25 años de los Congresos UNIV", Madrid 1993.

9. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 229.

10. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Formación enteriza de las personalidades jóvenes*, 28-XI-1964, en "Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad", Pamplona 1993, p. 77.

una frase de la Sagrada Escritura: *Dicite iusto quoniam bene*¹. Palabras que él traducía así: «¡Bien! ¡Lo estáis haciendo muy bien!». Era una frase de ánimo y de sincero agradecimiento por el trabajo apostólico realizado y por los frutos que esas mismas personas, inmersas en los problemas y preocupaciones de la actividad diaria, quizá no llegaban a percibir con plenitud.

Ahora me dirijo a todos vosotros —profesores, alumnos y personal no docente del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz— del mismo modo que lo hacía el Beato Josemaría: «¡Bien! ¡Lo estáis haciendo muy bien!». Y no lo digo pensando sólo en lo que se ha recordado en la Memoria del año académico recién transcurrido. Quiero referirme, en cambio, sobre todo, a las horas de estudio, de enseñanza o de investigación, a las horas de trabajo silencioso y constante en las oficinas, a todas vuestras actividades que, a menudo, escondidas, producen sin embargo muchos frutos, aunque, en muchos casos maduren lentamente y no sean siempre inmediatamente visibles desde el exterior.

2. Hace algún tiempo, uno de vosotros me contó que, hablando de su trabajo de enseñanza y de investigación con un viejo amigo, al que no veía desde hacía años, éste le decía: «¡Qué suerte tienes! También a mí me gustaría poder dedicarme a un trabajo parecido!» Después añadía el motivo de esta valoración: pensaba que se trataba de una actividad apasionante, poco

productiva sólo en apariencia, pero de gran eficacia, por el profundo influjo del desarrollo del pensamiento cristiano sobre las personas y sobre la sociedad entera.

Lo que puede y debe transformar realmente nuestra época en una «primavera cristiana»² son los valores y los ideales que procuráis conocer más a fondo, enseñar y vivir; en una palabra, la verdad y el amor de Cristo. Por esto, os digo yo también, profesores, estudiantes y cuantos trabajáis en estos edificios: sabed agradecer a Dios la espléndida oportunidad que os ha concedido, llamándoos a ser sal y luz, y tratad de corresponder generosamente, como decía el Beato Josemaría: con santidad, con buen humor y con esfuerzo, porque hay que dar la vida³. También mi amadísimo predecesor, Mons. Álvaro del Portillo, repetía: estas Facultades eclesíásticas merecen un generoso sacrificio por parte de todos.

Precisamente este era el deseo manifestado por el Santo Padre para todos nosotros, en una de las actividades del reciente Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Bolonia: dar gracias a Dios, sobre todo en la Santa Misa, por los bienes, también naturales, que nos concede, para que nuestra gratitud, unida al valor infinito del Sacrificio de Cristo, llegue a ser *eucarística*, una acción de gracias verdaderamente agradable a Dios.

3. En *Don y misterio*, el libro que Juan Pablo II ha escrito con ocasión de su jubileo sacerdotal, muchos de voso-

1. *Is* 3, 10 (Vulg).

2. JUAN PABLO II, Litt. apost. *Tertio Millennio adveniente*, 10-XI-1994, n.18; Litt. enc. *Redemptoris missio*, 7-XII-1990, n. 86.

3. Cfr. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, AGP, P10 1996, p. 93.

tros —por las circunstancias que estáis viviendo— habréis encontrado particularmente estimulantes las páginas en las que el Santo Padre recuerda los años transcurridos en Roma como estudiante: su llegada a la Ciudad Eterna, deseo de seguir el consejo recibido del rector del seminario de Cracovia: «aprender Roma misma»; sus experiencias en las aulas universitarias, la amistad con los compañeros de Colegio; el agradecimiento a los profesores...«Vuelvo a menudo a aquellos años con la memoria llena de emoción —son sus palabras—. Al regresar (de Roma) llevaba conmigo no sólo *un mayor bagaje de cultura teológica, sino también la consolidación de mi sacerdocio y la profundización de mi visión de la Iglesia* ¡Aquel periodo de intenso estudio junto a las Tumbas de los Apóstoles me había dado tanto desde todos los puntos de vista!»⁴.

¡Yo os deseo a todos los estudiantes, en el comienzo de este nuevo año académico, una experiencia similar! ¡Que este periodo romano deje en vuestra vida un surco profundo! ¡Que también vosotros sepáis *aprender Roma*! Que, a través del estudio, el crecimiento en la vida espiritual, el trato con los profesores y los compañeros, lleguéis a un conocimiento y un amor profundo de Cristo y de su Iglesia. Deseo para vosotros que, en estos años, vuestro corazón se haga cada vez más romano —es decir, católico, universal— y que lata al unísono con el Corazón de Cristo y con el de Su Vicario en la tierra.

4. *Dicite iusto quoniam bene! El ¡bien!* que digo ahora a todos, no es,

sin embargo, sólo un reconocimiento de lo que habéis hecho hasta ahora, sino que quiere ser también un estímulo, para que continuéis empeñándoos cada día más, conscientes de la importante dimensión apostólica de vuestro trabajo, al servicio de la Iglesia y de todas las almas. Especialmente, quien entre vosotros comienza este año sus estudios o su trabajo, espero que pueda proseguir largamente en el camino comenzado, mejorando cada vez más la tradición y el espíritu de este Pontificio Ateneo.

Pienso, de modo especial, en este momento, en los estudiantes y los profesores de la Facultad de Comunicación Social Institucional, que comienza ahora el ciclo de Licenciatura, y en aquellos profesores y estudiantes que este año darán vida a la nueva especialización en Historia de la Iglesia, dentro de la Facultad de Teología. A vosotros, que sin duda sentís la responsabilidad de abrir estos nuevos ámbitos dentro del Ateneo, quiero asegurar, de manera todavía más explícita, la ayuda de mi oración, el esfuerzo de todas las autoridades académicas y la colaboración activa de todo el profesorado.

Os invito a cada uno, como ya he tenido oportunidad de decir en la homilía de la Misa, a dejaros guiar por el divino Paráclito. Anunciando que este segundo año de preparación para el Gran Jubileo del 2000 estaba dedicado al Espíritu Santo, el Santo Padre ha escrito: «El Espíritu, de hecho, actualiza en la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares la única Revelación traída por Cristo a los hom-

4. JUAN PABLO II, *Don y misterio*, Madrid 1996, p. 73.

bres, haciéndola viva y eficaz en el ánimo de cada uno: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14, 26)»⁵. A su guía y protección, por intercesión de Santa María, «la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza»⁶, confío vuestro trabajo de profesores, estudiantes y personal no docente del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz para el año académico 1997-98, que declaro ahora inaugurado.

Roma (30-X-1997)

Discurso pronunciado en el Simposio en memoria del Card. Höffner, organizado por el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz.

Eminencias Reverendísimas,
Excelentísimos Señores,
Señoras y Señores.

Son bien conocidas las palabras de Santo Tomás de Aquino sobre la virtud de la amistad: «No todo amor tiene razón de amistad, sino el amor que entraña benevolencia, es decir, cuando de tal manera amamos a alguien que queremos el bien para él»¹. El bien que compartían el Cardenal Joseph Höffner y el Beato Josemaría Escrivá, y que hizo posible el establecimiento de una sólida amistad entre

ellos, era el amor apasionado a Cristo y a su Cuerpo Místico y, por tanto, el amor y defensa de la fe católica recibida y transmitida en la Iglesia, sin solución de continuidad, desde los tiempos apostólicos, bajo la guía del Magisterio eclesiástico.

Con gran alegría tomo la palabra en este acto conmemorativo del que fue Arzobispo de Colonia, promovido por el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz con ocasión del 10º aniversario de su fallecimiento. Me mueven, en primer lugar, sentimientos de reconocimiento hacia la persona de quien fue dignísimo Cardenal de la Iglesia Romana, eminente profesor y estudioso de Teología y de Ciencias sociales y, sobre todo, pastor de almas.

Además, como Prelado de esta porción del Pueblo de Dios que es el Opus Dei, siento un deber de particular gratitud hacia el Cardenal Höffner porque siempre bendijo y apoyó —con verdadero espíritu católico— la labor apostólica de los fieles de la Prelatura en su diócesis. Siguió en esto las huellas de su antecesor, el inolvidable Cardenal Frings, que concedió la *venia* para la erección de los primeros Centros del Opus Dei en Colonia, ya en los lejanos años 50.

Estos sentimientos estaban siempre vivos en mi predecesor al frente del Opus Dei, S.E. Mons. Álvaro del Portillo, que —como el Beato Josemaría Escrivá— era un hombre profundamente agradecido. Recuerdo su dolor al conocer la noticia del falleci-

5. JUAN PABLO II, Exhort. apost. *Tertio millennio adveniente*, n. 44.

6. *Ibid.* n. 48.

1. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 1.